

GÓMEZ DEL ESTAL VILLARINO, MARIO  
ESCUELA OFICIAL DE IDIOMAS DE LEGANÉS, MADRID  
QUE SE VEA LO QUE SE OYE: A VUELTAS CON LOS FONEMAS Y LAS LETRAS<sup>1</sup>

MARIO GÓMEZ DEL ESTAL VILLARINO

Jefe del Departamento de Español de la Escuela Oficial de Idiomas de Leganés (Madrid). Ha trabajado como profesor de español en la Universidad Carlos III de Madrid, en el Instituto Cervantes de Rabat (Marruecos) y en la Universidad de Poznan (Polonia). Colabora habitualmente en varios cursos de postgrado, másteres y cursos de formación organizados por diversas universidades, el Instituto Cervantes, el Ministerio de Educación, varias CCAA y otras instituciones españolas y extranjeras. Sus investigaciones y publicaciones se han centrado en el tratamiento de la gramática en la clase de ELE, la metodología comunicativa y el Enfoque por Tareas (*G de Gramática*, Barcelona, Difusión, 1996; "Tareas formales para la enseñanza de la gramática en clase de español" en *La enseñanza del español mediante tareas*, Madrid, Edinumen, 1999; "La reflexión sobre la lengua en el aula de ELE", en *Vademécum para la formación de profesores*, Madrid, SGEL, 2004; *La descripción comunicativa de la lengua* (Ed.) y *El aprendizaje y la enseñanza de la gramática*, (Ed.), Centro Virtual Cervantes, 2010-2011, etc.). Habla portugués, francés, inglés y árabe dialectal marroquí.

## RESUMEN

Partiendo de lo que el refrán "La letra con sangre entra" viene a decir a quien se deje escucharlo, se abre una descripción de las diferencias radicales que se dan entre aprender a hablar y aprender a escribir. La relación entre ambas actividades no se puede entender sin analizar la tan extendida perversión que supone hablar lo que se escribe en vez de escribir lo que se habla. A continuación, se detallan algunos de los síntomas más frecuentes de dicha perversión, caracterizados todos por la intromisión de la conciencia en terrenos donde lo único que hace es estorbar, en especial la pronunciación pedantesca de ciertos finales silábicos o de palabra, como en *traNSporte*, *aBStracKción*, *óPtico*, *oBjeto*, *fúTbol*, *libertaD*, *diGno* o *fraK*, así como las distintas deformaciones que sufren las palabras que la ortografía académica prescribe que se escriban con la letra equis.

**PALABRAS CLAVE:** escritura, pedantería, letras, lengua, fonemas, archifonemas

<sup>1</sup> Este artículo tiene mucho que deber a los acertados comentarios, las agudas críticas y las sabrosas sugerencias que Virginia López Graña, Ana Leal Valladares, Felipe Llorente González, Roberto García Tomé, Álvaro García Sordo y algunos otros amigos hicieron a un primer borrador en las charlas que mantuvimos durante el verano de 2010 entre Granja de Moreruela (Zamora) y Espejo (Álava). Vaya desde aquí mi agradecimiento sin cuento para ellos. Ποταμοῖσι τοῖσιν αὐτοῖσιν ἐμβαίνομέν τε καὶ οὐκ ἐμβαίνομεν, εἶμεν τε καὶ οὐκ εἶμεν.

## ABSTRACT

Taking as a starting point what the proverb “La letra con sangre entra” (“Spare the rod and spoil the child” or “No gain, no pain”) comes to say to whom lets himself listen to it, follows an overview of the radical differences that hold between learning to talk and learning to write. The relationship between both activities can not be understood without analyzing the widespread perversion that consists of speaking aloud all that is written down instead of writing only what is actually spoken. Next, the most common symptoms of this perversion are specified, all characterized by the intrusion of consciousness in areas where all it does is to get in the way, especially as far as pedantic pronunciation of certain ends of syllables or of words is concerned, eg, in *traNSporte*, *aBstraKción*, *óPtico*, *oBjeto*, *fúTbol*, *libertaD*, *diGno* or *fraK*, and the various deformations undergone by the words that academic orthography prescribes to be written with the letter x.

**KEYWORDS:** writing, pedantry, letters, language, phonemes, archiphonemes

“Lengua y escritura son dos sistemas de signos distintos; la única razón de ser del segundo es la de representar al primero; el objeto lingüístico no queda definido por la combinación de la palabra escrita y la palabra hablada; esta última es la que constituye por sí sola el objeto de la lingüística.”<sup>2</sup>

[...] la escritura vela y empaña la vida de la lengua: no es un vestido, sino un disfraz.”<sup>3</sup>

Cuando en español se hace uso del refrán castellano “La letra con sangre entra”, ya sea para justificar el empleo del castigo corporal (o de cierta medida de punición o padecimiento) como instrumento eficaz para los fines educativos (u otros cualesquiera), ya sea para condenar esa pedagogía autoritaria y abogar por una instrucción más amable (de lo que da prueba la réplica “pero con dulzura y amor se enseña mejor”), no suele prestarse atención a lo más importante, esto es, a lo que la frase de por sí dice. Este refrán, uno de los más usados en el español

<sup>2</sup> *Curso de lingüística general*, Ferdinand de Saussure, Editorial Losada, Buenos Aires, 1945, cap. VI, §2.

<sup>3</sup> *ibid.*, cap. VI, § 5.

contemporáneo, recogido ya en el *Seniloquium* del siglo XIV (lo que atestigua la antigüedad de su uso en nuestra lengua), ha servido durante siglos, como todo el mundo sabe, para dar carta de naturaleza a los castigos físicos dentro de las aulas, que fue lo que pintó Francisco de Goya en su cuadro “La letra con sangre entra” (*circa* 1780), en el que aparece un maestro de escuela azotando a un niño mientras otro le ayuda en tan infame labor levantándole el faldón de la camisa al castigado, o en un sentido más lato, para justificar el sufrimiento como medio necesario (o imprescindible) para alcanzar un fin deseado, lo que refleja Cervantes al poner esta máxima en los irónicos labios de la Duquesa en el capítulo XXXVI del Quijote, que pretende con ella animar a Sancho a cumplir con mayor rigor la penitencia que desencantará a Dulcinea.

El refrán, al igual que muchísimos otros, pretende ser una de esas “verdades de la experiencia” que se lanzan para explicar y así justificar las acciones que un determinado sujeto ha realizado, realiza o va a realizar. Independientemente de la verdad o falsedad de su predicación en punto a sancionar el empleo de cierta medida de castigo en el altar de la consecución de los objetivos educativos (y, dicho sea de paso, aquí estimamos que cualquier pedagogía, *per se*, está basada, si no en la violencia, sí al menos en la constricción),

el refrán al que estamos dando vueltas en esta introducción formula una constatación de hechos que queda fuera del alcance de la apología o la crítica del castigo escolar y que suele pasar, en la práctica totalidad de los casos de empleo, completamente desapercibida. Dicha constatación de hechos que el refrán recoge se palpa si le añadimos una presuposición o predicación implícita que el refrán (quizá a pesar suyo) deja entrever y que se nos impone en cuanto lo ponemos a funcionar en el juego dialéctico de contradicción que toda predicación lleva consigo: “la letra con sangre entra; la lengua, no”.

Si alguien no se quedara conforme con esta mínima entrada en la dialéctica y viniera todavía a recriminarnos que lo que estimamos como negación implícita del refrán no es sino producto de nuestra interesada cosecha, es decir, que la ruta argumentativa ha venido a torcer la recta interpretación, no podríamos oponerle mejor resistencia que la que ofrece la propia situación en que el refrán se dice: al niño, una vez que ha aprendido a hablar sin ningún esfuerzo, sin ningún castigo, se le lleva a la escuela y a la pedagogía (la etimología griega de esta palabra recoge la situación de ‘conducción del niño a la escuela’), donde el maestro emplea el castigo como acicate para que aprenda a escribir. El refrán cumple la misma función iniciática que el aviso colgado en el dintel de la puerta del infierno dantesco (“lasciate ogni speranza, oh voi ch’entrate”), sólo que aquí justamente al revés: en la escuela comienzan las esperanzas (de escribir, se entiende) y has de saber, tierno infante, que se alcanzan con sangre.

El juego de oposición que así se establece entre aprender a hablar y aprender a escribir resulta especialmente revelador de las radicales diferencias entre una y otra actividad e incluso de los distintos *denotata* que el verbo ‘aprender’ indica en una y otra construcción. Por un lado, pues, que no se aprende igual a hablar que a escribir; y

por otro, que ‘aprender’ no significa lo mismo cuando se dice que el niño ha aprendido a hablar y cuando se dice que el niño ha aprendido a escribir. Para lo primero no se necesita sangre<sup>4</sup>; para lo

---

<sup>4</sup> Esto no es del todo exacto. Hay ciertos fenómenos lingüísticos, basados todos ellos en la ruptura del principio analógico que rige la lengua (por ejemplo, los llamados participios débiles, del tipo de *roto*, *hecho*, *dicho* o *satisfecho* o los pretéritos indefinidos irregulares como *quise*, *anduve* o *predije*) que “entran con sangre”, en el sentido que se dice después. Y justamente, como se verá más adelante, dichos fenómenos excepcionales vienen a encontrar su razón de ser en terrenos más cercanos a la Cultura, más superficiales que la propia lengua. En apoyo de esto el lector podrá quizá recordar las ocasiones en que, por los motivos que sea, se ha cazado a sí mismo diciendo “rompido” o “andaron”. Rafael Sánchez Ferlosio lo explica del siguiente modo: “[...] conviene detenerse en el significado y el alcance del hecho de que la imposición de las *performances* “puesto” y “roto”, como lo que *se dice*, se interfiere en un conflicto entre un uso que no tiene, en principio, a su favor más argumento que el de ser lo que *se dice de hecho* –y por ende una autoridad desnudamente fáctica, como la del traje nuevo del emperador- y unas *performances* que, como las de “puesto” y “rompido”, pueden en cambio esgrimir en su defensa la autoridad *de derecho* de la regla configurada por la *competence*. En este conflicto la docilidad del niño es sometida a la prueba de sobreponerse a la contradicción entre lo que le dicta la *competence* lingüística ya recibida del adulto mismo y la anomalía de un uso que, a título de la mera facticidad de lo que *se dice*, le viene ahora constrictivamente impuesto por ese mismo adulto.” (De *El alma y la vergüenza*, Madrid, 2000, pp. 25-26). Es de reseñar aquí que la autoridad fáctica continúa sometiendo a prueba la docilidad infantil una vez que el niño ha admitido las anomalías, ya que estas, en algunos casos, se suceden unas a otras: aceptadas por el niño las raíces irregulares de ciertos pretéritos indefinidos, la analogía sigue funcionando (como principio rector que es) y así el niño profiere “\*dijió” y “\*dijieron”, viniendo a ser corregido una segunda vez (o tercera, si consideramos que la primera corrección fue la de “\*deció” y “\*decieron” y la segunda, la de “\*dició” y “\*dieron”). Parecidas sucesiones en la adquisición nunca definitiva de las formas irregulares (puesto que se siguen produciendo bajo determinadas condiciones y con variantes significativas entre unos sujetos y otros) presentan los extranjeros que aprenden español, pero lo esencial aquí es percibir claramente la constancia y la tenacidad del espíritu analógico en su relación con los datos lingüísticos (como arraigado que está en zonas muy profundas de la psique, de carácter innato) y la necesidad de refuerzo permanente que presentan las formas no analógicas (como venidas

segundo, sí<sup>5</sup>. 'Sangre' en este contexto viene a decir lo mismo que en frases como "Me ha costado sangre levantar esta casa", "El capataz nos ha sacado la sangre" o "Ese chico parece que no tiene sangre", es decir, algo como 'fuerza vital', 'alegría de vivir' o, más derechamente, 'vida'.

De este modo, lo que dice el refrán es que la letra, la escritura, se aprende pagando en moneda de vida, de vida desconocida, de simple dejarse vivir. Que se aprende a escribir, como todo el mundo sabe, con esfuerzo, empeño y decisión, dándose cuenta de lo que uno hace, con trabajo y voluntad. En un primer momento, haciendo palotes (verticales, horizontales, circulares, etc.); a continuación, por un lado, relacionando e identificando fonemas y letras (con las consiguientes confusiones que presenta la falta de correspondencia entre unos y otras, mayores o menores según las lenguas y sus normas ortográficas) y por otro, entonaciones y signos de puntuación (la coma, el punto, la interrogación, la exclamación, etc.), además de los problemas que acarrea consigo la ubicación del blanco entre palabras escritas; posteriormente, aprendiendo a ordenar la sucesión de frases y a dividir en párrafos según reglas más o menos sensatamente establecidas por convenio cultural; etcétera, etcétera. Y todo ello con el aprendizaje simultáneo de un gran número de términos cultos propios de los textos escritos (o de contextos orales formales) que la propia carrera discente del niño en

---

de zonas mucho más superficiales, prácticamente conscientes ya). Aclaradas así las cosas, la ilusión típica del padre (o del profesor) cuando corre a su hijo (o a sus alumnos) de que "le(s) está enseñando a hablar" encuentra su justa estimación.

<sup>5</sup> El equivalente alemán de este refrán castellano lo recoge con precisión: *Das Abc macht das meiste Weh*. Traducción literal: "El abecé es lo que hace más daño". *Refranero multilingüe*, Centro Virtual Cervantes: <http://cvc.cervantes.es/lengua/refranero/>

cuestión le irá imponiendo. El aprendizaje, en suma, de la Cultura, que viene a durar una media de entre diez y quince de años, en los que el estudiante se dejará los ojos en incontables horas de lectura de textos, consulta de datos y estudio concienzudo, entre exámenes (con sus consabidos suspensos y aprobados) y la montaña rusa de los premios y castigos, para acabar, en la mayoría de los casos, siendo usuario del alfabeto al nivel de la lectura habitual de periódicos deportivos o de revistas "del corazón" (con alguna que otra ficción narrativa de consumo para masas), y no sabiendo más que pergeñar cuatro o cinco párrafos de una carta o documento equivalente.

Por el contrario, se aprende a hablar (como el refrán implícitamente reconoce) sin esforzarse ni poner empeño, sin darse cuenta, sin trabajo ni voluntad: dejándose vivir, simplemente. El niño aprende a hablar escuchando a los adultos y a otros niños y hablando con ellos mientras mama o le cambian el pañal, mientras le bañan o le dan de comer, mientras juega a las muñecas o a médicos, mientras nada, baila o canta (a coro o solo), etc. Y, a mayores, en cuestión de cinco o seis añitos el aprendizaje de la lengua se completa en su parte más esencial: todo el juego de fonemas y sus neutralizaciones; todas las entonaciones gramaticales y buena parte de las retóricas; las reglas morfológicas de composición, derivación y conjugación; las reglas jerárquicas y combinatorias de la sintaxis; los delicados mecanismos que conforman el sistema verbal; la cuantificación en sus múltiples formas; las diferentes indicaciones deícticas y anafóricas, etc. El niño a los cinco o seis años ha conseguido aprender la inmensa complejidad del aparato de la lengua al tiempo que su puesta en funcionamiento sin ningún esfuerzo ni trabajo ni decisión; un conocimiento y una habilidad subconscientes que, dicho sea de paso, los manuales de gramática tratan de recoger en libros que se extienden a lo largo de centenares de páginas y de los que, desde luego, no llegan más que a ofrecer un pálido reflejo. La paradoja es

tan evidente como lógica: cualquier niño de por los seis añitos sabe más de la gramática de su lengua que cualquier lingüista<sup>6</sup>.

¿Por qué esta diferencia tan radical? ¿Por qué se aprende a hablar sin esfuerzo y a escribir, sin embargo, con dolor y hasta con sangre? La respuesta es evidente: a hablar se aprende *subconscientemente*, mientras que a escribir se aprende *a conciencia*. El niño que viene a este mundo aprende a hablar casi sin enterarse, jugando mayormente. La lengua es casi lo único que se le da gratis de verdad a cualquiera, sin ningún tipo de trabajo ni voluntad. No diremos que el aprendizaje lingüístico del niño se produce sin ningún tipo de intervención de la conciencia, pero sí que en el momento en que el niño *se da cuenta* de cómo funcionan los diversos mecanismos de la máquina de la lengua, en ese mismo momento los olvida de conciencia y pasan con ello al subconsciente, que de este modo comienza a surgir. Antes de aprender a hablar no hay nada que nos permita diferenciar entre lo consciente y lo subconsciente; con la aparición del habla en el niño (o del niño en el habla), ya se puede decir que hay cosas que el niño hace *sin darse cuenta de lo que hace*, es decir, que encuentran su explicación en un saber no consciente, no directamente expresable. El niño, como el adulto, emplea con precisión la maquinaria de la lengua, *sabe* hablar, pero no puede dar razón de lo que hace, no *sabe* qué es lo que hace. Con esto nos estamos refiriendo, por ejemplo, al misterio de que un niño sepa distinguir, de entre los infinitos ruidos que se oyen en cualquier secuencia fónica, los elementos abstractos que componen las palabras (es decir, los fonemas) y así pueda entender lo que le dicen, pero que no sea capaz de detallar cuáles son esos elementos, que no sepa ni cuáles ni cuántos son. Esta es la prueba de que dicho saber

---

<sup>6</sup> El lector avisado ya se habrá dado cuenta de que ‘saber’ en esta aparente paradoja (como todas) adopta dos significados distintos, de los que tratamos de dar cuenta en la serie titulada [Contra los profesores de español I-IV](#), publicada en el Centro Virtual Cervantes.

se encuentra en el subconsciente, que es donde yace todo el aparato de la lengua. El niño tendrá que darse cuenta de cuáles son esos elementos (aunque distorsionados por la falta de equivalencia entre las letras y los fonemas) cuando aprenda a escribir, cuando tenga que subir a conciencia su conocimiento subconsciente para poder representar con letras los fonemas. Cualquiera que haya visto y oído a un niño de por los seis o siete años en el trance de escribir algo, se habrá dado cuenta de ese proceso de subida a conciencia, de esa articulación detenida sonido a sonido, de ese silabeo entrecortado, en el intento de darse cuenta, de ir cazando, los fonemas y, en un segundo momento, su correspondiente representación en letra. ¡Qué penoso les resulta a los niños lo de escribir frente a la ligereza del habla!

Así aprenden a hablar y a escribir los niños de cualquier lengua, así se aprende a hablar y a escribir: a hablar, sin enterarse mayormente; a escribir, con sangre. Sin embargo, el prestigio de la letra, de las Letras, sobre la lengua, sobre la palabra hablada, es gigantesco: desde las Sagradas Escrituras y el extremoso cuidado que las religiones ponen en la edición e interpretación de sus Textos Sagrados, hasta la aureola de casi divinidad con que se envuelve a los gloriosos escritores y poetas nacionales, pasando por la autoridad que se reconoce a los filósofos y pensadores, para llegar al respeto por los profesores y, en general, por los libros como portadores de la Verdad y de la Sabiduría. ¿No cree el vulgo, apoyado por los especialistas, que la lengua está en el diccionario, que es donde están todas las palabras *que existen*? Esta veneración por la Escritura, por el Libro, por la Escuela y la Educación, es una de las características esenciales de cualquier nación que se precie<sup>7</sup>: “las

---

<sup>7</sup> No podemos resistir la tentación de proseguir con la comparación, ya que el refrán nos la trae de la mano: es tanta la autoridad de las letras como la de la sangre. En muchos oídos resonarán todavía proclamas del tipo de “¡Es nuestra la tierra que se regó con la sangre de nuestros héroes!”.

palabras se las lleva el viento; lo escrito permanece". Pero es que muy humano (demasiado humano, que diría un nietzscheano) que se prestigie lo que tantos desvelos ha costado: si no valiera su peso en oro, ¿a qué tantos esfuerzos, tanto padecimiento?

De ahí que, en cuanto los hombres se ponen en la situación de enseñar, vengan con ello de la mano la letra, la escritura y los libros<sup>8</sup>. La enseñanza oficial, regulada, institucionalizada se apoya en la mayúscula autoridad de la letra. De ella se parte y a ella se pretende llegar. El problema de esta hipertrofia característica de lo que se estima sagrado es que acaba invadiendo terrenos donde las cosas suceden de muy distinta manera, produciéndose así alguna de las perversiones que, tras un pequeño recordatorio, detallaré.

Como es bien sabido de todos, la escritura nació con un propósito de utilidad: la fijación y permanencia de la palabra hablada. La intención del que escribe es que las palabras "no se las lleve el viento". En este preciso sentido, la escritura es esclava de la palabra hablada: sirve para darle durabilidad. Su utilidad estriba en representar gráficamente lo que se dice: se escribe lo que se habla. Pero por esa hipertrofia que antes he mencionado, la situación original se revierte y, claro, se pervierte: la lengua hablada sirve a la lengua escrita. Ya no es que la letra P *represente* gráficamente un fonema (no un sonido<sup>9</sup>) de la lengua hablada, sino que la letra P *se*

---

<sup>8</sup> No nos olvidamos de ciertas enseñanzas que se realizan oralmente, sin mediación de texto escrito alguno, pero a cualquiera se le hace evidente la carencia de *oficialidad*, de *institución*, de tales aprendizajes: el padre que enseña a su hijo a montar en bicicleta o a darle al balón, la madre que le enseña a comer con cuchillo y tenedor o a pelar la fruta, etc.

<sup>9</sup> Las letras representan *fonemas* de la lengua, que son entes ideales, impronunciables por definición, no *sonidos* del habla. Esta es una confusión muy arraigada, incluso entre los lingüistas. "Para conservar las manifestaciones orales se utiliza la escritura. Nuestra escritura alfabética nació para reproducir gráficamente uno a uno los sonidos sucesivos del acto de habla. Los símbolos

*pronuncie* de tal o cual manera; ya no se trata de que *se escriba lo que se dice*, sino de que *se diga lo que se escribe*. Y vaya por delante que a la hora de redactar estas razones no se nos ha pasado por las mientes en ningún momento reclamar una reforma ortográfica del español que fuese fiel a la pronunciación, sino más bien lo contrario: recordar que la pronunciación no debe ser fiel a la escritura (lo cual es una traición al pueblo), sino a la lengua común. "Pero la palabra escrita se mezcla tan íntimamente a la palabra hablada de que es imagen, que acaba por usurparle el papel principal; y se llega a dar a la representación del signo vocal tanta importancia como a este signo mismo. Es como si se creyera que, para conocer a alguien, es mejor mirar su fotografía que su cara. Esta ilusión ha existido en

---

empleados para ello son las letras. En teoría, cada letra debería corresponderse con un solo sonido. Pero los cambios experimentados por las lenguas a través del tiempo son causa de que la escritura alfabética ofrezca inadecuaciones, de manera que una misma letra pueda referirse a más de un sonido, o, a la inversa, un solo sonido puede estar representado por diferentes letras e, incluso, conjuntamente por varias letras." (*Gramática de la lengua española*, de Emilio Alarcos Llorach, Madrid, Espasa Calpe, 1994, pp. 25-26). A esta descripción de Alarcos Llorach de las inadecuaciones de la escritura le faltan dos precisiones más: por un cabo, que la norma ortográfica de escritura de ciertas palabras establece la inclusión de letras que no se corresponden con ningún fonema de la lengua hablada; y por el otro, que hay ciertos fonemas (más bien archifonemas) que no tienen su correspondiente representación gráfica. Respecto a la confusión entre sonido y fonema, debemos añadir, de todos modos, que el propio Alarcos una página más adelante acierta con la explicación, como no podía ser menos: "Los fonemas son, pues, los modelos mentales del sonido que caracterizan a cada lengua, aunque en el habla concreta aparezcan realizados como sonidos diversos. Son los fonemas y no los sonidos las unidades mínimas que se combinan para conformar la *expresión* o *significante* de las palabras y conseguir así la evocación de significados distintos. Por ello, se consideran los fonemas como *unidades distintivas*, o sea, elementos que distinguen los significados. Cuando en una lengua *dos sonidos no sirven para discriminar significados* [cursiva nuestra], se debe a que no se corresponden con fonemas diferentes." Pero no deja de ser una lástima que aquí no hubiera caído en la cuenta de lo que había escrito antes.

todos los tiempos, y de ella están teñidas las opiniones habituales que corren sobre la lengua.<sup>10</sup>

Por ofrecer algún ejemplo de esta situación, recordaremos que el locutor televisivo o radiofónico ya no habla: *lee* (en papel o pantalla) lo que otros han escrito. Cualquiera con un mínimo de oído se da perfecta cuenta de cuándo el locutor *está leyendo* y cuándo *está hablando*. Y la cosa alcanza su mayor perversión cuando esto de ‘hablar como se escribe’ (y no ‘escribir como se habla’) llega a los labios de los hablantes concienciados, de los que pretenden ‘hablar bien’, lo cual quiere decir ‘hablar como se escribe’. Así se oyen en boca de esos hablantes cosas como las siguientes:

*traNSporte*<sup>11</sup> EN VEZ DE *trasporte*  
*traNSfusión* EN VEZ DE *trasfusión*  
*iNStante* EN VEZ DE *istante*  
*iNStrumento* EN VEZ DE *instrumento*  
*coNStante* EN VEZ DE *costante*  
*coNStipado* EN VEZ DE *costipado*  
*circuNStancia* EN VEZ DE *circustancia*  
*circuNScribir* EN VEZ DE *circuscribir*  
*moNStruo* EN VEZ DE *mostruo*

*aBStrajer* EN VEZ DE *astrajer*  
*aBStención* EN VEZ DE *astención*  
*oBStinado* EN VEZ DE *ostinado*  
*oBStáculo* EN VEZ DE *ostáculo*  
*suBStancia*<sup>12</sup> EN VEZ DE *sustancia*  
*suBScibir* EN VEZ DE *suscribir*  
*aDScibir* EN VEZ DE *ascribir*  
*aDStringente* EN VEZ DE *astringente*

<sup>10</sup> de Saussure, op. cit., cap. VI, §2

<sup>11</sup> Es de señalar que la norma ortográfica del español permite la escritura sin ene del prefijo (TRAS-) en todos los casos, siendo el único posible en ciertas palabras (*trasfondo*, *trasplante*, *trasquilar*, etc.), excepto cuando el término base de la derivación comienza por ese, como *transexual*, *transiberiano* y *transustanciación*. Como luego se verá, esta ley ortográfica y su excepción son bastante razonables.

<sup>12</sup> En todas las palabras que presentan el prefijo SUBS- (y en algunas otras, como *oscuro*, *oscuridad* y *oscurecer*), aunque admitidas ambas grafías, la norma ortográfica recomienda evitar la *be*. Hasta lo apuntado en la nota anterior y en esta ha llegado la fidelidad ortográfica de la Academia a la lengua por lo que atañe a las cuestiones tratadas en este artículo, excepción hecha de la grafía *adstringente*, que se considera desusada.

Cualquiera que se deje hablar sin meter la conciencia en terrenos donde lo único que hace es estorbar (lo cual es una buena definición de ‘pedantería’), es decir, hablando u oyendo hablar subconscientemente, se dará perfecta cuenta de que todos esos grupos consonánticos de final de sílaba son propios de la escritura, pero *no representan fonemas* de la lengua. Hasta un oído tan normativo como el de don Tomás Navarro Tomás (por otra parte, tan fino en muchas otras ocasiones), a pesar de afirmar que en “[...] los grupos de tres o más consonantes, la articulación de la primera de las dos consonantes que se asocian con la vocal precedente, se pronuncia débil y relajada” añade inmediatamente que “la lengua tiende, en general, a eliminarla.”<sup>13</sup> La lengua, el espíritu impersonal, la asamblea subconsciente que es la lengua, la elimina en todas las ocasiones. Alarcos Llorach, por su parte, lo explica así: “En estos ejemplos (todos con /s/ en segunda posición) se observan como final de sílaba grupos consonánticos no admitidos en posición final de significante [esto es, de palabra]. Por eso la lengua común hablada, con mayor o menor frecuencia, los simplifica [...]. Cuando significantes de este tipo se generalizan, suelen ajustarse a las pautas simplificadoras y reducen el margen posnuclear a uno de los fonemas usuales en tal posición. Cuando se articulan los dos fonemas, suele ser por afectación o por nimia reproducción de la grafía.”<sup>14</sup> Pero ni don Tomás Navarro ni don Emilio Alarcos terminaron de dar el salto, reconociendo paladinamente que a la impersonalidad y subconsciencia de la lengua le repugnan los finales de dos fonemas consonánticos, sean finales de palabra o de sílaba<sup>15</sup>:

<sup>13</sup> *Manual de pronunciación española*, CSIC, Madrid, 1982, pág. 179.

<sup>14</sup> Alarcos Llorach, op.cit. pág. 40.

<sup>15</sup> Como anunciamos antes, la sensatez de la ley ortográfica que permite la escritura sin ene del prefijo TRANS- se debe a su fidelidad a la lengua: esta asamblea subconsciente prohíbe los finales silábicos y de palabra con dos consonantes. La excepción que representan las grafías *transexual*, *transiberiano*, *transitar* o *transigir* no es tal: /N/ es el último fonema de la primera sílaba y /S/ el

a la gente, al pueblo indefinido que habla español, no pueden sino ofenderle esas producciones pedantescas. Como se aprecia bien en estos ejemplos, este es uno de los casos en que el instrumento se impone sobre su propia utilidad: la escritura dictando normas a la lengua.

No podemos cerrar este asunto sin tratar algunos otros casos de escritura de dos consonantes seguidas (o más) en fin de palabra y de sílaba que no son ni -NS- ni -BS- ni -DS, . A lo primero pertenecen anglicismos como 'cámping', 'footing' o 'jogging' o los engendros del tipo 'puenting' o 'cañoning'. Independientemente de la oficialidad de su uso (bastante frecuente, por otra parte, como compruebo en una rápida búsqueda en la red) y de la grafía con que deban escribirse (para la primera, el *Diccionario panhispánico de dudas* recomienda, sensatamente, la de "campin"; para la segunda y tercera, quizá con menos prudencia, aconseja su sustitución por 'aerobismo'), a los efectos que aquí nos interesan no se apartan un ápice de lo ya dicho: la pronunciación popular de todos ellos es con /N/ final. También *se leen* en final de palabra otros grupos consonánticos como 'donuts', 'yogourt' o 'confort', pero ya se dejará oír el lector (olvidándose de que lo es) esas palabras en su uso corriente para sentir conmigo la traición a la lengua que suponen tales grafías.

Para lo segundo, es decir, para los finales de doble (o triple) consonante en final de sílaba, la cosa es aparentemente algo más complicada. Hay algunos casos (como 'istmo' o los que llevan el prefijo POST- 'postdata', 'postbélico', 'postfijo', etc.; de estos

---

primero de la segunda: tran-se-xual, tran-si-tar, tran-si-gir. Sin embargo, el sentido común no ha alcanzado al resto de los casos. Obsérvese que lo mismo que opone a *trasporte* y *transigir* (es decir, la división silábica respecto de la ese) opone a *ascribir* y *dádselo*, *istante* e *insensato*, *ostáculo* y *obsequio*, *circunstancia* y *circunsolar*, *astraery absoluto*.

últimos la Academia acepta la escritura sin T del prefijo) que siguen la regla de prohibición de dos fonemas consonánticos seguidos en fin de sílaba, pero se dan otros como 'solsticio', 'perspicaz', 'intersticio', 'supersticioso', 'perspectiva', 'cárstico', 'tungsteno', etc., que pueden oírse pronunciados con los dos fonemas (o hasta tres) acabando la sílaba. La situación singular de estas palabras (cultismos en todos los casos) provoca que su entrada en la lengua no sea completa, como también le ocurre a las palabras de otras lenguas que se emplean en castellano (como por ejemplo 'fashion', pronunciado a la inglesa, en "Es una chica muy *fashion*"; o 'fuet' pronunciado a la catalana) o a los nombres propios no castellanos (sean prosopónimos como 'Frankenstein', 'Dostoyevski' o 'Eastwood', o topónimos como 'Amsterdam', 'San Petersburgo' o 'Washington'), de modo que su pronunciación se aparta de las reglas subconscientes de fonémica. En la misma medida en que su entrada en la lengua es mayor (esto es, que su uso es más popular y corriente), su pronunciación se sujeta a dichas reglas: el nombre de la ciudad más poblada del estado de Nueva York se escribe así, pero todo el mundo sabe cómo se pronuncia en castellano. De este modo, en la medida en que 'perspectiva', 'supersticioso', 'perspicaz', 'cárstico', 'tungsteno' y demás entren (o entran) en la lengua, se pronunciarán (se pronuncian) sólo con /S/ al final de la primera sílaba. Intente el lector cazar al vuelo del habla alguna de esas palabras (o incluso los extranjerismos de unas líneas más arriba) y comprobará la presencia de una única consonante en fin de sílaba<sup>16</sup>.

---

<sup>16</sup> Sólo conozco una palabra de uso corriente y popular (habrá alguna más, de todos modos) que se aparta de la prohibición de dos fonemas consonánticos en fin de sílaba o palabra: *vals*. Su plural también da prueba de ello: *valses*. Otras como *surf* o *golf* no han penetrado lo suficiente. Conviene dejar constancia aquí, de todos modos, de la persistencia de la líquida /L/ ante /S/ en fin de sílaba o palabra en el caso de los extranjerismos más extendidos, como en *Tolstoi* o *Beatles* -bitels-).

No han quedado descritos con lo antecedente los casos de imposición de la escritura sobre la lengua, de la conciencia sobre lo subconsciente. Pasaremos ahora a analizar los que desde don Nicolás Trubetzkoy se llaman de “neutralización de oposiciones fonológicas”, en los que se produce la pérdida de los rasgos distintivos de oposición entre dos o más fonemas y la consiguiente aparición del archifonema<sup>17</sup>. En español oficial contemporáneo un caso particular se da con la doble neutralización en cada uno de los tres puntos de articulación de las series fonemáticas P/B/F, T/D/Z y K/G/J, “[...] pues la oposición ‘Oclusiva / Fricativa (Sordas), ‘T/Z+’, ‘P/F+’, ‘K/J+’, se anula en fin de sílaba (y de palabra), pero inmediatamente se anula también la de ‘ambos en uno’ (un archifonema que no llega a establecerse) con la ‘Sonora’, ‘(^)/D+’, ‘(˘)/B+’, ‘(˘)/G+’, en esas mismas posiciones, y el archifonema que de ahí resulta no toma la forma de ninguno de los tres términos, sino que se establece con una forma propia, que podríamos escribir por sobreposición de caracteres `𐀀`, `𐀁`, `𐀂` respectivamente.”<sup>18</sup> Así, en el caso de la (doble) neutralización de P/B/F, que hace aparecer el archifonema labial cuando uno habla subconscientemente, los hablantes preocupados por hablar bien pronuncian, sin embargo, lo que se escribe, forzosamente (es decir, conscientemente), de los siguientes modos:

aPtitud	aBsorber	aFgano
inePto	aBsurdo	caFtán
caPtar	áBside	diFteria
hándicaP	kebaB	kaFkiano
oPtar	oBcearse	liFtar
óPtico	oBjeto	naFtalina

<sup>17</sup> Dejaremos para otra ocasión (si la hay) algunas otras pedanterías, como la insufrible cursilería de los cantantes que se esfuerzan en pronunciar la labiodental fricativa sonora /V/, desaparecida hace más de trescientos años.

<sup>18</sup> *Elementos gramaticales*, Agustín García Calvo, Lucina, Zamora, 2009, pág. 242.

interruPtor	suBmarino	oFtalmólogo
raPto	suBterráneo	rosbiF

haciendo sonar ‘P’, ‘B’ y ‘F’ porque así creen hablar con la mayor “oBservancia” y la menor “corruPción”, cuando lo que ahí se oye, si uno se deja oír subconscientemente (sin poner empeño ni voluntad que tuerzan el testimonio de nuestros oídos), no es ni ‘P’ ni ‘B’ ni ‘F’ y es lo mismo en todos los casos: el archifonema labial 𐀀.

Y otro tanto ocurre con la (doble) neutralización de T/D/Z y la consiguiente aparición del archifonema dental (𐀁), que es lo que hay en los siguientes casos (me permito destacar los lugares precisos):

Madrid	a <b>d</b> mitir	t <b>a</b> cto
o <b>ct</b> ubre	a <b>c</b> tor	per <b>d</b> iz
mamu <b>t</b>	alu <b>d</b>	luz
a <b>t</b> lántico	a <b>t</b> lético	fú <b>t</b> bol
ri <b>t</b> mo	cono <b>z</b> co	ve <b>z</b>
ve <b>d</b>	e <b>t</b> cétera	a <b>d</b> judicar
efecto	liberta <b>d</b>	tra <b>c</b> tor
actitu <b>d</b>	decid <b>me</b>	extra <b>c</b> to

Ahí no hay ni ‘T’ ni ‘D’ ni ‘Z’ ni mucho menos ‘K’, a pesar de lo que muchos crean y pronuncien pedantemente. Debemos recordar una vez más al lector que el archifonema, como ente ideal que es, no se realiza nunca en el habla y su presencia sólo se intima cuando se habla sin darse cuenta de lo que uno hace. Que luego unos hablantes digan “Madri**Z**”, otros “volunta**T**” y hasta los haya que digan “Eso es ina**D**misible”, eso no son sino rasgos personales, idiosincrásicos, idioticos en el sentido más preciso: la lengua, el senado impersonal y subconsciente, no conoce en esas posiciones más elemento ideal que el archifonema 𐀁<sup>19</sup>.

<sup>19</sup> Mi hijo de cinco años (los niños y los semianalfabetos suelen transcribir con mayor fidelidad los fonemas de la lengua al estar menos pervertidos por las leyes

Antes de seguir parece pertinente que recordemos una vez más que lo que se pretende con estas razones es denunciar la imposición de la conciencia sobre lo que queda debajo, la dominación de las reglas personales (más o menos mayoritarias, más o menos oficiales) sobre la comunidad indefinida que es la lengua. La conciencia, armada siempre con los dos pinceles de “lo bueno” y “lo malo” (el primero, verde; rojo el segundo), se encuentra permanentemente dispuesta a teñir de uno u otro color cualesquiera cosas que se va topando, ignorando que lo que hay por debajo atiende a criterios mucho más hondos. Es por eso que lo que intentamos hacer ver aquí no pasa por los terrenos ejemplarizantes del *buen hablar* o la *pronunciación correcta*: lo que intentamos es, llanamente, descubrir el sistema fonémico del español. Para ello no hacen sino estorbar los criterios exteriores a la lengua misma (como es el caso cuando se indica que tal o cual pronunciación es incorrecta o inapropiada); sólo debe guiarnos la fidelidad al criterio esencial que la propia lengua establece para la determinación de cada fonema. Para decirlo en palabras de Trubetzkoy, “el conjunto de las particularidades fonológicamente pertinentes de una imagen fónica”<sup>20</sup>, es decir, lo que permite “diferenciar las significaciones intelectuales”<sup>21</sup>. “Sin embargo, el papel de las distintas oposiciones en una lengua dada varía en la medida en que dichas oposiciones poseen realmente valor distintivo en todas las posiciones fónicas”<sup>22</sup>. Ese valor distintivo es precisamente lo que se pierde en las posiciones y con los fonemas ya indicados, y también lo que se da en el caso de la (doble)

ortográficas), en el trance de tener que escribir la palabra ‘bondad’, escribió *bondac*, probando así la presencia del ideal archifonemático, el mismo que en ‘actor’, ‘tac’ o ‘anorak’. La gente no dice “Le hicieron un taK”; y en cuanto a la tercera palabra, su plural corriente y popular lo muestra a las claras: *anoraces*.

<sup>20</sup> Trubetzkoy, N. S., *Principios de fonología*, Editorial Cincel, Colombia, pág. 34.

<sup>21</sup> *ibíd.*, pág. 31.

<sup>22</sup> *ibíd.*, pág. 69.

neutralización de K/G/J y la persistente (con una tenacidad que nada tiene que ver con la voluntad, dicho sea de paso, puesto que viene de mucho más abajo), la persistente aparición del archifonema velar  $\text{ʁ}$  en casos como estos (una vez más me atrevo a marcarle al lector la posición del archifonema):

as <b>ign</b> ación	di <b>gn</b> o	ac <b>né</b>
se <b>gn</b> mento	car <b>caj</b>	bo <b>j</b>
ti <b>c-tac</b>	zi <b>g-za</b> g	si <b>gn</b> o
ag <b>no</b> stico	si <b>gn</b> ificado	ru <b>gb</b> i
ig <b>no</b> rancia	fr <b>ac</b>	co <b>ñac</b>
do <b>gn</b> ma	té <b>cn</b> ica	an <b>é</b> cdota
é <b>x</b> ito	ex <b>is</b> tencia	se <b>xo</b>
ta <b>x</b> i	ex <b>a</b> men	ox <b>í</b> geno

Hemos dejado para el final los últimos seis ejemplos por cierta peculiaridad que presentan y que al avisado lector ya le habrá llamado la atención. En efecto, se trata del no por manido menos zanjado asunto de la pronunciación de la equis. Vaya por delante, como quedó esclarecido más arriba, que esta formulación vulgarizada del problema no sólo es que sea absolutamente inadecuada, sino que es la raíz del mal entendimiento de la cuestión: no se trata de averiguar “cómo se pronuncia la equis”, sino de descubrir la ristra de fonemas que componen las palabras. Que después unas se escriban de una manera y otras de otra son cosas que no atañen a la lengua en lo más mínimo, sino a las reglas de escritura<sup>23</sup>.

<sup>23</sup> “La conclusión evidente de todo esto es que la escritura vela y empaña la vida de la lengua: no es un vestido, sino un disfraz. Bien lo muestra la ortografía de la palabra francesa *oiseau*, donde ni uno solo de los sonidos de la palabra hablada (*wazó*) está representado por su signo propio: de la imagen de la lengua no queda nada.” De Saussure, op. cit. cap. VI, § 5 (léase también más adelante). En efecto, si los profesores de francés o, más todavía, los de inglés se dedicarían a ofrecer listados exhaustivos de letras y agrupaciones de letras que transcriben el mismo fonema (o los mismos fonemas), el tamaño del listado tiraría por tierra la

En español podemos clasificar las palabras que la ortografía normativa escribe con equis en tres grupos:

1. Palabras que se escriben con X + consonante(s): *excavar, excelente, excitar, exclusiva, excusa, expandir, experiencia, explicar, explotar, exponer, expulsar, externo, extinguir, extranjero, extraño, extravagante, extremo, mixto, texto, textura, contexto*, etc.
2. Palabras que se escriben con X entre vocales: *asfixia, auxilio, axioma, boxeo, conexión, examen, exhalar, exhibir, éxito, filoxera, flexible, hexámetro, óxido, oxígeno, próximo, saxofón, sintaxis, taxi*, etc.
3. Palabras que se escriben con X inicial o final de palabra: *xenófobo, xilofón, xerografía, clímax, tórax, dúplex, fax*, etc.

Pues bien, ¿cómo pronuncia la gente estas palabras? ¿Qué fonemas se suceden cuando uno se deja oír subconscientemente? En todos los casos pertenecientes al primer grupo lo que se oye es el simple fonema /S/. No podía ser de otro modo, pues ya hemos descubierto que la gente, la lengua, no admite en final de sílaba ni de palabra dos fonemas consonánticos seguidos. La Academia en este punto no pasa de reconocer que la pronunciación más generalizada es la

---

expectativa de su utilidad. Es tal la distancia entre la ortografía y la lengua en estos casos que los niños aprenden más bien a asociar la palabra con su grafía como un todo, sin atender sino a ojo de buen cubero a la correspondencia entre fonemas y letras. Lo que recuerdan los hablantes de inglés, por ejemplo, de las recomendaciones ortográficas que les hicieron en la escuela son más bien refranes aproximativos del tipo "When two vowels go walking, the first one does the talking" ("Cuando dos vocales van andando, es la primera la que va hablando"). Por ello, podemos afirmar sin equivocarnos demasiado que la escritura del francés y la del inglés (en especial, de este último) se encuentran en un punto intermedio entre la ideográfica y la alfabética. Valga esto para explicar la distancia entre lengua y escritura a través de los casos de dos lenguas bien cercanas a la nuestra.

con /S/, pero todavía recuerda que la pronunciación culta se realiza con /KS/ o /GS/, aunque, eso sí, la tilda de enfática<sup>24</sup>, es decir, de afectada o falta de naturalidad. Pero es que además esta indicación de la Academia resulta especialmente reveladora del hipertrófico prestigio otorgado a la letra, cuando ella misma, en su *Ortografía* de 1815, establece que "[p]or el fácil tránsito y conmutación de la x á la s podrá ésta sustituirse á la primera cuando la sigue una consonante, como en extranjero, extraño, extremo; ya para hacer más dulce y más suave la pronunciación, ya para evitar cierta afectación con que se pronuncia en estos casos la x."<sup>25</sup> Si ya a la mismísima Academia de la Lengua en 1815 le parecía afectada semejante pronunciación, ¿qué no le parecerá a la gente? ¡Cuánto dice de sí mismo quien se "eGSpresa" así! ¡Qué "eKScelencia" quiere mostrar! No parece sino que la lengua no le bastase para darse a conocer, pues que tiene que forzarla poniéndose en medio para que todo el mundo lo vea<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup> Así aparece en el *Diccionario panhispánico de dudas* bajo la entrada 'x'

<sup>25</sup> Real Academia Española (1815), op. cit, pp. 55-56.

<sup>26</sup> A este respecto no nos resistimos a incluir aquí una extensa cita del capítulo III del *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés (escrito en Nápoles en 1535, pero no publicado hasta 1736), por los sabrosos razonamientos que en ella entran en juego, muy similares a los que nos han movido a escribir este artículo:

"[...] MARCIO. Pero de los nombres latinos cabeçados en *ex-*, como *excelencia, experiencia*, etc., no querréis que quitemos la *x*.

VALDÉS. Yo siempre la quito, porque no la pronuncio, y pongo en su lugar *s*, que es muy anexa a la lengua castellana. Esto hago con perdón de la lengua latina, porque, quando me pongo a escribir en castellano, no es mi intento conformarme con el latín, sino explicar el conceto de mi ánimo de tal manera que, si fuere possible, qualquier persona que entienda el castellano alcance bien lo que quiero dezir.

PACHECO. Para deziros verdad, esto se me haze un poco durillo.

VALDÉS. ¿Por qué?

PACHECO. Porque yo no sé con qué autoridad queréis vos quitar del vocablo latino la *x* y poner en su lugar la *s*.

En cuanto al tercer grupo, a nadie se le ocurriría soltar, por más pedante que se precie de ser (yo ya me he encontrado con más de uno que se precia de cosa semejante), abortos como “KSenófobo”, “KSilofón” o “KSerografía” (lo mismo ocurre con otras palabras que se suelen escribir con dos consonantes iniciales, como ‘psicología’, ‘gnosis’ o ‘mnemotecnia’). De la pronunciación popular y corriente de la /S/ al final de ‘clímax’, ‘tórax’ o ‘dúplex’ dan cuenta sus plurales invariables, como los de ‘crisis’ o ‘martes’ (al igual que en casos como ‘bíceps’ o ‘fórceps’). El plural de ‘fax’, como los de los monosílabos acabados en /S/, se forma con –es: ‘faxes’. ¿No sentirá el lector con nosotros que no hay nada menos relajado que decir “relaKS”?

Del segundo grupo (es decir, de las palabras que se escriben con equis intervocálica), que era el que nos ha llevado a esta incursión en los, para algunos, sacrosantos territorios de la equis, dice la Ortografía de la Academia que “representa el grupo *ks* (o *gs* en pronunciación relajada)”<sup>27</sup>. Este es uno de los lugares donde la conciencia letrada se muestra más intransigente, donde los pedantones estarán al paño (como decía don Antonio Machado, aquel sabio poeta, tan popular como profundo, lo cual, si se nos ha seguido bien, se entenderá que es lo mismo). En este punto es donde echan el resto con los “ekSámenes” y el “seGSo” (¡no

---

VALDÉS. ¿Qué más autoridad queréis que el uso de la pronunciación? Sé que diziendo *experiencia* no pronunciáis la *x* de la manera que diziendo *exemplo*.

PACHECO. Así es verdad, pero...

MARCIO. Esse pero, si no os lo quisiéredes comer, tragáoslo por agora; que, pues a nosotros dos nos ha satisfecho, también vos os devéis contentar.

PACHECO. Yo me contento. [...]

<sup>27</sup> *Ortografía de la lengua española*, Real Academia Española, 1999, pág. 16.

vayamos a confundirlo -no quiera Dios- con el seso!), pues no es cosa de “taGSistas” esto del “eKSito”<sup>28</sup>.

¡Qué le vamos a hacer! Si por lo menos se dejaran razonar tan sensatamente como don Andrés Bello, uno de los buenos gramáticos de esta lengua, cuando decía, allá por la mitad del siglo XIX, eso de que “[e]l sonido de la *x* se ha suavizado tanto en la pronunciación, que casi se confunde con el de la *s*. Pronunciar *ecsamen*, *ecsonerar*, dando su verdadero y perfecto valor a la *c*, parecería afectación y recalcamiento. Pronunciamos más bien *egsamen*, *egsonerar*, dando a la combinación *gs* un sonido suavísimo, que se aproxima al de la *s*, pero sin confundirse con él”<sup>29</sup> estarían más cerca de entender lo que ahí se da. Pero es que en estos trances resulta peligroso el entendimiento, ya que aquí la cosa pasa de castaño a oscuro: si a alguno se le escapa pedir un “¡Tasi!” (no digamos ya si dice “¡Tasis!”), le caerá encima el sursuncorda de marras con la sagrada escritura: “¡Que se escribe con equis, acémila!”. Y no dejará de llevar su razón. No en lo de la letra equis, claro está (que ya a estas alturas el lector se habrá percatado de sobra de que una cosa es la escritura y otra muy distinta la lengua, que ni siquiera es ‘cosa’), sino en lo de recriminarle la pronunciación vulgar, pues que como tal está marcada la dicción de la simple /S/ en tales posiciones y de ahí el peligro y la dificultad para el entendimiento. No es tan simple: lo que se da en esos casos es, una vez más, la doble neutralización de K/G/J y la aparición terca del archifonema velar *ʝ*, seguido, eso sí, de la /S/. Déjese el lector tentar por la subconsciencia y ya verá cómo se le intima la cosa<sup>30</sup>.

---

<sup>28</sup> Y no sólo en estos casos, sino también en los de ‘facsimil’ o ‘fucsia’, que se comportan igual.

<sup>29</sup> “Ortografía”, de Andrés Bello, publicado en *El Araucano*, Santiago de Chile, 10 y 24 de mayo de 1844.

<sup>30</sup> Sin que empeza para lo dicho, he de añadir que me resulta muy difícil imaginar que en las contadas ocasiones de mi vida en que he tenido que pedir auxilio de

Pero quizá no se deje. Quizá el lector no se deje llevar por estas razones que le hemos hilvanado. Quizá siga creyendo que hablar con corrección es muy necesario y, más todavía, que es imprescindible para los que nos dedicamos a enseñar español a gente que viene de otras lenguas. Quizá continúe pensando por arriba que hablar correctamente significa 'hablar como se escribe' y que si las letras están ahí es porque doctores tiene la iglesia que prescriben cómo se debe hablar y que, además, la ortografía española es de las más transparentes y fieles con la pronunciación. Quizá persista en creer que cuando a él mismo se le escapan (sin querer) las cosas que dice la gente, el pueblo, y que aquí hemos procurado describir con precisión, es por eso: porque se descuida. Quizá sea así. Y quizá entonces piense para sus adentros aquello que el loro de la fábula de don Tomás de Iriarte le reprochó a la cotorra: "Vos no sois una PURISTA." Si así fuese, no me quedaría más remedio que quedarme con la réplica que ella le dio: "¡A mucha honra!"

FECHA DE ENVÍO: 8 DE MARZO DE 2011

---

verdad (si es que llegué a usar tal palabra) haya podido articular otra cosa que "*¡Auxilio!*".